

2010, año rico en incertidumbres y retos

Tiempos difíciles

Demetrio Boersner*



Al dejar atrás el año 2009 y comenzar a enfrentar los retos del 2010, vastos sectores de la humanidad sienten temores y dudas con respecto a su porvenir colectivo e individual

Desde fines del 2008, la economía mundial se encuentra en crisis de estancamiento o recesión. El fenómeno del cambio climático afecta la alimentación humana y causa desastres naturales. Las potencias del mundo, impulsadas por los más diversos intereses a veces minoritarios y antisociales, rehuyen la adopción de las medidas socioeconómicas y ecológicas que el bien común parece exigir. El contraste global entre ricos y pobres no ha comenzado a disminuir. Los fanatismos intolerantes y violentos resisten a intentos de diálogo eficaz entre culturas. En el plano de las relaciones políticas internacionales, muchos obstáculos frenan la deseada transición de un orden basado en la fuerza unilateral a otro de carácter más equilibrado y consensuado.

A diferencia de casos anteriores, en esta oportunidad los países en desarrollo —o por lo menos los más avanzados entre ellos— sufren los efectos de la recesión económica en menor grado que las sociedades más tecnificadas. Contrariamente a la tendencia estructural revelada en su época por Raúl Prebisch, en la actualidad los precios de los productos primarios (commodities) son más sólidos que los de productos manufacturados. La relativa prosperidad y creciente demanda importadora de países como China, India y Brasil impide un colapso más completo de las economías de mayor desarrollo.

ESTADOS UNIDOS ANTE EL MUNDO

Barack Obama ha cumplido su primer año de ejercicio en duros esfuerzos por dar cumplimiento a las exigencias de la mayoría popular, democrática y ávida de reformas, que lo eligió a la presidencia de Estados Unidos en noviembre de 2008. Sus principales objetivos internos han sido los de contrarrestar los efectos de la recesión en forma beneficiosa ante todo para las mayorías trabajadoras y de medios modestos, y de poner en marcha un programa de salud pública que,

por la primera vez en la historia, ofrezca seguridad sanitario-asistencial a toda la población del país, y no sólo a dos tercios de ella.

En lo concerniente a la lucha contra la recesión, la resistencia de las fuerzas de derecha ha impedido la adopción de medidas de dirigismo estatal que no sólo reanimen al aparato económico desfallecido, sino además impongan regulaciones duraderas al gran capital privado para impedir que mantenga conductas irresponsables y antisociales.

Como consecuencia de ello, hasta ahora la incipiente recuperación económica norteamericana tiene pies de barro. Se ayuda al sector empresarial privado a reponerse de los golpes financieros recibidos, sin imponerle condiciones de estabilidad laboral y de respeto a los trabajadores, y tampoco se realiza una grande y eficaz operación de creación de puestos de trabajo en el sector público. Como consecuencia de ello, el capitalismo norteamericano se recupera a expensas de los asalariados, y reduce sus costos mediante despidos o la degradación del empleo fijo a empleo temporal sin amparos legales. Como macroefecto de ello, la demanda o capacidad de consumo interna sigue baja e incapaz de servir de estímulo a una recuperación verdadera.

Con respecto a la reforma del sistema de salud, la tenaz y obscurantista oposición del Partido Republicano y de ex demócratas tránsfugas, apoyados por los intereses de la alta medicina privada y los seguros privados, ha logrado debilitar pero no destruir el proyecto del presidente Obama. Aunque ha quedado eliminada la propuesta de una "opción pública" (un seguro público federal que competiría con los seguros privados), estos últimos van a quedar incorporados a un sistema de cobertura universal de la salud de los ciudadanos, incluidos los pobres incapaces de cotizar. Con todo, será un triunfo para el espíritu progresista en Estados Unidos, ya que por fin colocará a ese país en un nivel de compasión social cercano al que existe en Europa.

En el ámbito de la política exterior, Obama ha tratado, a lo largo del 2009, de cumplir las promesas de poner fin a una conducta hegemónica y unilateral y privilegiar las concertaciones multilaterales, de efectuar el retiro militar norteamericano de Irak y concentrar la lucha antiterrorista en el espacio afgano-paquistaní, y de reducir las tensiones con Rusia y con regímenes autoritarios díscolos como los de Irán, Corea del Norte, Cuba y Venezuela. En general, el mundo democrático y progresista acogió con gozo esas intenciones y las alentó a través del apresurado Premio Nobel de la Paz. Irak por su parte está emergiendo de su trauma con relativo éxito, bajo la conducción de un gobierno todavía dependiente de la fuerza ocupante norteamericana, pero que en el mejor caso podría ir cobrando,

gradualmente, mayor autonomía y prestigio. Rusia ha respondido al nuevo estilo estadounidense en forma positiva. Por otra parte, ha sido sagaz la política de acercamiento de Obama a China, que ha pasado de ser la gran rival de Estados Unidos a ser su complemento económico y su obligada acompañante en la búsqueda de un nuevo orden internacional. Lo que era el sueño imperialista del Estados Unidos de Teodoro Roosevelt hace cien años –penetrar y dominar el inmenso espacio geopolítico y geoeconómico chino, desplazando a europeos y japoneses–, lo está comenzando a lograr Obama, ya no en estilo imperialista sino de asociación mutuamente beneficiosa.

Sin embargo, entes provocadores están actuando para sabotear una transición estadounidense (actualmente posible, ya que el complejo financiero-militar está afectado por la recesión) de una orientación conservadora y hegemónica a otra más democrática y cooperadora. Estas fuerzas provocadoras, utilísimas a la derecha económica y estratégica del primer mundo, incluyen al ultra-reaccionario islamismo terrorista y a agitadores despóticos militaristas como lo son los actuales gobernantes de Irán y de Venezuela. Esas fuerzas visiblemente interpretan los gestos conciliadores de Obama como meros signos de debilidad, y se sienten animados a continuar o hasta intensificar sus ataques o amenazas, pseudo-antiimperialistas pero objetivamente favorables para la causa de los "halcones" que presionan al actual inquilino de la Casa Blanca a que reemprenda la política de su predecesor.

RETOS PARA AMÉRICA LATINA

En el marco del panorama global descrito, América Latina, como productora de bienes primarios, en su conjunto mantiene perspectivas económicas positivas y mayoritariamente tiende hacia fórmulas políticas moderadas. Sin embargo, su futura cohesión regional está amenazada por dos contradicciones: la primera, entre los intereses de países de fuerza y ambición disímil, y la otra entre enfoques estratégicos serios y otros que no lo son. A ello esperamos dedicar nuestro próximo análisis internacional.

*Miembro del Consejo de Redacción.